

CAPÍTULO V

Escenas de la vida íntima.

Carolina no pudo conciliar el sueño en toda la noche.

Cuando á la aurora saltó de su lecho, tenia los ojos hundidos y las mejillas pálidas.

Se envolvió en un peñador y se sentó junto á la ventana; su cabeza ardía; doquiera que volvia los ojos, veía la negra y ardorosa mirada del Conde de Montilla, su dulce y melancólica sonrisa y la perfección aristocrática de su figura.

La pobre joven nada había visto del mundo, ó el mundo que ella había visto en nada se asemejaba al que columbraba ahora: contaba sólo catorce años cuando había ido á encerrarse con sus padres en aquella aldea, y se había casado con Bernardo porque éste era el joven más rico, mejor mozo y más codiciado de todo el contorno; pero ¡ay, Dios! ¡qué era ahora el pobre Bernardo Perez, comparado con todos aquellos brillantes caballeros que acababan de llegar de Madrid!

Ella era hermosa; lo sabía, lo sentía así; se

había comparado con aquellas cuatro jóvenes, y la misma Lucrecia de Alhama, tan elogiada, tan bella, no poseía encantos que bastasen á competir con los de Carolina.

Así lo había comprendido también el Conde; ¿por qué, si no, le había enviado aquellas miradas de fuego? ¡y su destino estaba unido, encadenado para siempre, al de un hombre tosco y que no hubiera valido ni para lacayo de aquel brillante y hermoso caballero!

No podré yo asegurar que estos fuesen los pensamientos de Carolina durante aquella eterna noche de insomnio y las primeras horas de la mañana; pero si en efecto eran otros, no dejaban de asemejarse bastante á lo expresado.

Un ruido que oyó bajo su ventana la sacó de su distracción: eran las caballerías de labor, que salían con los criados para emprender las labores del campo.

Carolina levantó maquinalmente la cabeza y miró á la calle: ya marchaban los criados, y en el umbral estaba en pié su marido, que se disponía á seguirles.

Este alzó la cabeza y vió á la joven: le hizo una señal cariñosa con la mano, y luego entró adentro y empezó á subir la escalera con celeridad.

Un instante después llamaba á la puerta de su mujer, que se levantó para abrir, haciendo un gesto de disgusto, triste y lleno de desaliento y amargura.

Bernardo era afable, cariñoso, pero recto, probo y algo severo: ofendióse algún tanto de no hallar la puerta abierta, y en ella á Carolina, según él se había figurado.

—¿Estás mala? preguntó á su mujer entrando y mirándola atentamente al rostro.

—Sí, respondió la joven con laconismo.

—¿Qué tienes?

—Me duele la cabeza.

—Anoche llamé á esa puerta, dijo Bernardo con una gravedad algún tanto severa, y no me respondiste. Y al pronunciar estas palabras, señaló una puerta pequeña situada en un ángulo de la habitación de su mujer, y que comunicaba con la suya propia.

—No oí nada, respondió secamente Carolina.

El acento de la joven era tan helado y tan duro, que su marido fijó en ella una mirada de doloroso asombro.

Carolina había sido siempre fría y reservada con él; no obstante, jamás le había ocurrido á Bernardo la idea de dudar de su cariño: lo atribuía á su carácter, á su educación, pero no podía persuadirse de que no pagase con su afecto el inmenso amor que él le profesaba.

Bernardo bajó la cabeza, y dos anchas lágrimas brotaron de sus ojos.

Su mujer no las vió, porque seguía absorta en una preocupación profunda.

—Carolina, ¿no me quieres ya? preguntó el hon-

rado joven, cuyo anterior enojo había dado lugar á un dolor profundo y amargo.

Carolina levantó la cabeza y le miró con asombro, pintándose en sus ojos la gratitud; realmente su alma era buena y elevada, y sólo su imaginación era la culpable, ayudada por los acontecimientos.

—¿Que si no te quiero ya, Bernardo? preguntó, levantándose y tomando con cariño las manos de su esposo: ¿puedes dudar de mi amor? ¿te he dado algún motivo para eso?

—No, respondió Bernardo, cuyo enojo y cuyo dolor se disiparon con aquella caricia, como la niebla con los rayos del sol. No, Carolina mía; pero como te veo triste y displicente...

—Bien sabes que jamás he sido alegre.

—Oye, querida mía, dijo Bernardo estrechando las blancas y pequeñas manos que tenía entre las suyas; me parece que la vida que llevas no es buena ni para la salud del cuerpo ni para la alegría del alma; es preciso que tengas más movimiento... Aquí, en este aposento donde permaneces encerrada siempre, sólo trabaja tu imaginación. Pasea, trátate con algunas honradas personas del pueblo que te admiran y tendrían gran alegría con tu amistad; ¿por qué haces esta vida de clausura y de aislamiento?

—¡Me hallo así tan bien, Bernardo!

—Sin embargo, ya te he dicho que esto te perjudica; yo quisiera que te pasearas con mi ma-

dre... que la acompañaras cuando va á ver á sus antiguas amigas, y que tú también, por tí sola, tuvieras algún trato. ¿Por qué no vas hoy á visitar á esa señora que ha llegado hace algunos días? Dicen que está enferma, y es una atención que agradecerá sin duda.

—Iré con mi madre.

—¿Por qué no vas con la mía?

—¡Qué sé yo! ¿No sabes tú que sólo gusta de visitar á dos ó tres viejas labradoras del pueblo?

—Te acompañaré, sin embargo, por complacerte.

—¡Oh, no! yo no quiero violentarla.

—Carolina, dijo Bernardo, volviendo á recobrar su gravedad; quisiera que amases un poco más á mi buena madre; ella lo merece, y tú eres ingrata para con el cariño que te profesa.

—¿Cariño á mí?

—Sí, cariño; te ama como ama todo lo que amo yo, todo lo que me pertenece; si algunas veces está seria contigo, es porque le da enojos tu ociosidad y tu orgulloso aislamiento; no es como tú, una mujer distinguida y delicada; pero bajo esa ruda corteza hay un corazón que sabe sentir.

El silencio fué la única respuesta que obtuvieron las vehementes palabras del joven; algún tiempo esperó á que su mujer contestara; pero viendo que no lo hacía, pasó la mano por su frente y se levantó, haciendo un esfuerzo para sonreír y serenarse.

—Vamos, dijo, me voy á trabajar; querida mía, sal á pasearte un poco; eso te hará bien, porque la mañana está hermosa y agradable.

Besó á su mujer en la frente y salió de su cuarto; pero no bien había empezado á bajar la escalera, volvieron á pintarse en su semblante el sobresalto y el desaliento.

Carolina le vió acabar de cruzar el breve espacio que quedaba de calle y salir al campo; vió la cabeza inclinada de su marido, y sintió un movimiento de piedad; ella hacía desgraciado á aquel hombre que tanto la amaba, que le dedicaba todos sus pensamientos, todos los latidos de su corazón.

Contra su costumbre, Bernardo no volvió la cabeza para mirar la ventana de su mujer; continuó su camino absorto en sus dolorosas reflexiones, y Carolina se ofendió de aquel olvido.

—Voy á dar un paseo, se dijo, deseando distraerse de su mal humor y echando sobre su blanco vestido de muselina una manteleta de seda. Después se miró al espejo y alisó con la palma de la mano las hermosas madejas de cabellos que guarnecían su frente.

Al verse tan bella, la alegría volvió á reír en sus ojos, y se puso á tararear una canción.

Luego bajó la escalera sin dejar de cantar; pero al fin de ella se detuvo, porque le pareció que habían pronunciado su nombre.

No se engañaba; la señora Prisca, madre de

su marido, y la tía Bautista, la anciana criada, hablaban en la cocina, situada en la planta baja.

Carolina, cediendo á una mala tentación, se detuvo y escuchó.

—Sí, decía su suegra, sí, Bautista; mi hijo está hoy triste, muy triste, por más que él me diga que no tiene nada y que nada le sucede; algo le aflige.

—¡Ya lo creo! ¡y tan algo! respondió la tía Bautista, que era áspera y gruñona; ¿no tiene de sobra con lo que hace su mujer? ¡Lo mismo le quiere ella que á mí!

—Bautista, si no le quisiera, ¿quién la obligaba á casarse con él?

—¡Dale! ¡señora, algunas veces me parece que se ha vuelto V. tonta de repente, cuando antes sentía la yerba nacer y la luna menguar! ¿Qué la había de obligar? El que estaba más pobre que las ratas; el que tenía que coser y apluchar y arreglar á cinco chicos como cinco leones; el que nuestro Bernardo era muy rico y ella sabía lo buenazo que es y lo muchísimo que la quiere!

—¡Es verdad! murmuró con un suspiro la buena madre, cuya natural penetración era á veces eclipsada por su mucha bondad; ¡es cierto! ¡todo eso es cierto!

—¿Pues no ha de serlo? ¡Sí, que me la pegan á mi con sus monadas la niña y su madre!

Carolina tomó su canción de donde la había dejado, acabó de bajar la escalera, y pasó por

delante de la puerta de la cocina con aire despreciativo y siempre cantando.

—¡Bien podía V. dar los buenos días! dijo ásperamente la tía Bautista.

La joven no respondió y siguió andando hacia la puerta de la calle.

—Buenos días, hija mía, dijo entonces la señora Prisca, que, con su delantal blanco, ayudaba á confeccionar el almuerzo de su marido y de su hijo.

—Buenos días, señora, respondió Carolina, que ya no pudo menos de volverse.

—Te advierto que he comprado unos pañuelos para Bernardo, y que hay que marcarlos, añadió la anciana con acritud, pues la palabra *señora* en boca de su nuera la sublevaba siempre.

—¿Para qué se han de marcar? respondió fríamente Carolina; no lavando la tía Bautista, como no lava, más que la ropa de casa, no los podrá perder ó confundir con otros.

—Es que además hay que orillarlos, y yo ya no veo á hacerlo.

—Y además, Bernardo ha llevado siempre marcados los pañuelos, añadió la tía Bautista; ¡no faltaba más que ahora que tiene mujer con obligación de cuidarle, sucediese lo contrario!

Carolina no se dignó siquiera volver la cabeza hacia la vieja sirvienta; pero se volvió á su suegra y le dijo con frialdad extrema, aunque sin descomponer en lo más mínimo su acento suave y sus elegantes maneras:

—Hoy estoy algo enferma, señora; pero uno de estos días trataré de complacer á V.

Dichas estas palabras, saludó levemente con la cabeza, empezó de nuevo su canción, y salió á la calle; pero al pisar el umbral, oyó decir á la tía Bautista:

—¡Enferma, enferma! ¡los enfermos no tienen ganas de cantar ni de componerse!

Carolina se detuvo; pensó un momento de qué modo mortificaría á la anciana; luego volvió atrás, se asomó á la puerta de la cocina y le dijo:

—Se me olvidó el sombrero, y hace fresco: suba usted á buscármelo á mi cuarto.

La tía Bautista hizo oídos de mercader y continuó batiendo unos huevos que tenía en un plato.

—Corre á buscar el sombrero, dijo severamente la señora Prisca.

La vieja criada obedeció, y un momento después bajaba con un encantador sombrerito redondo de paja, orlado de una pluma blanca, y que era uno de los infinitos regalos de Bernardo á su esposa.

Carolina se lo puso, y nunca un semblante más precioso se ha visto adornado más graciosamente.

Bajo la sombra del ala brillaban sus rasgados ojos, y sus cabellos se deslizaban en doradas y copiosas ondas alrededor de su cuello, blanco y torneado como el de un cisne.

Carolina salió por fin á la calle; el aire fresco

y penetrante de la mañana disipó las nieblas de su cabeza; veíase libre, sola, bella, y la juventud rebosaba en su alma; parecióle que una vida nueva se abría ante sus ojos, y precipitó el paso, volviendo á entonar su canción.

De repente oyó el trote rápido de algunos caballos, y poco después llegaron cerca de ella Lucrecia y Victoria, acompañadas de uno de los ancianos caballeros de la comitiva, de dos jóvenes de la misma y de dos lacayos.

Las dos primas lanzaron una mirada desdeñosa á Carolina y pasaron sin saludarla.

En cambio los caballeros se inclinaron ante ella con exquisita cortesía.

La cólera y el rubor á un tiempo vistieron de carmín las facciones de Carolina, embelleciéndola mucho más; miró á los jóvenes con una atención mezclada de reconocimiento: por nada del mundo hubiera ella querido que el Conde de Montilla hubiese sido testigo del desaire que le habían hecho las dos damas; pero el Conde no iba entre ellos.

Los paseantes pusieron al galope á sus caballos y se alejaron, seguidos de sus lacayos.

Carolina, después de permanecer algunos instantes inmóvil y absorta en sus reflexiones, se alejó lentamente para continuar su paseo.

CAPÍTULO VI

La incógnita.

La joven, llevada de su ordinaria costumbre, dirigió sus pasos naturalmente á casa de sus padres. Berta era, á los ojos de su hija, lo más sublime y elevado que conocía.

La joven, que tenía un claro talento, había comprendido desde muy temprano, cuál era el mal que aquejaba á su madre, y la pena que había agostado en flor su encantadora belleza. Sabía que el grosero materialismo de su padre, que su carácter brusco y sus soeces costumbres eran las que habían amargado, después de haberla reducido á la pobreza, la existencia de aquella noble y hermosa mujer que llevaba el nombre de Berta.

Más de una vez los había contemplado con una expresión dolorosa, durante las largas veladas del invierno; más de una vez había visto á su padre dormitando en la postura más fea é indecorosa, en tanto que su madre bordaba cerca de una mísera luz una delicada flor.

Entonces en el alma de la joven se alzaba